

Introducción

Macarena Ponce de León y Daniela Serra

1 ¿Por qué Historia Pública? ¿No basta con decir que la Historia es una disciplina que produce conocimiento y que su vocación es la divulgación de sus resultados? Desde hace varias décadas, esto ya no es suficiente. Tanto así que, durante la década de 1970, cuando la crítica a las jerarquías alcanzó la producción del conocimiento histórico, la autoridad disciplinaria de la profesión se vio profundamente cuestionada. Al mismo tiempo, muchos historiadores e historiadoras empezaron a tomar contacto con otras disciplinas en espacios diferentes a la academia —como museos, archivos, empresas culturales, canales de televisión, radio, teatro, entre otros— para crear, recrear y usar la historia con el fin de acercarse a públicos más amplios y producir conocimiento con ellos y para ellos. Fue esta ampliación hacia otros contextos, el contacto con nuevas audiencias, y la colaboración con las necesidades de conocimiento expresadas por comunidades específicas, lo

que aportó a la elaboración de historias en entornos situados —espacial y temporalmente—. Esto introdujo cambios en la perspectiva pública de la Historia, así como el reconocimiento de que tanto los expertos, como cada persona, pueden aportar a este proceso con sus conocimientos y experiencias. Esta toma de contacto entre los circuitos de conocimiento académicos y públicos hizo que, para algunos, la Historia Pública se definiera, en primer lugar, por la producción de conocimiento histórico fuera de la academia, en espacios que involucraban a públicos y comunidades diversas, las que también elaboraban sus propias historias, y se vinculaban a los procesos investigativos, educativos, de mediación y divulgación. Aceptar estas premisas respondía, en parte, al sentido de este “nuevo” carácter “público” de una disciplina que, como se ha dicho, es intrínsecamente pública. Sin embargo, no lo resuelve, sobre todo en sociedades contemporáneas cada vez más diversas y ávidas



Macarena Ponce de León

Directora del Museo Histórico Nacional de Chile y profesora asistente del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Correo electrónico: mponcede@uc.cl



Daniela Serra

Jefa del Departamento de Estudios y Educación Patrimonial de la Subsecretaría del Patrimonio Cultural, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio y profesora del Instituto de Historia y del Centro del Patrimonio Cultural, ambos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: mda-nielaserra@gmail.com

de conocimientos históricos, donde incluso hay muchas comunidades que llevan tiempo elaborando sus propias historias de manera independiente del conocimiento experto, usando metodologías y formatos más allá del texto escrito para conectarse con sus audiencias. La televisión, la radio, el teatro, y últimamente los medios digitales, han revolucionado los circuitos de la comunicación masiva de la historia y han amplificado el alcance, diversidad e impacto de las narrativas históricas sobre el pasado. Esto ha impulsado cada vez más a diferentes profesionales de la historia a ir más allá del libro, el artículo y el seminario académico para vincularse con audiencias más amplias en todas las fases de la producción y difusión del conocimiento. Reconocer y visibilizar esta condición y potencial de la historia, como apunta Denise Meringolo, resulta fundamental y co-mulga con la idea de que la Historia Pública no debe entenderse como un campo únicamente arraigado en la disciplina formal de la historia, sino también como un espacio ampliamente interdisciplinario e inclusivo, tanto del conocimiento formal como del conocimiento adquirido a través de la experiencia directa¹. De hecho, la propia historia de la Historia Pública da cuenta que ésta es anterior a su delimitación como ámbito disciplinar emparentado con la historia y su desarrollo desde la propia academia, a través de la creación de programas de formación, siendo el primero de ellos el instaurado en 1976 en la Universidad de

¹ Denise D. Meringolo, "Social Justice and Public History. The Networks, Goals, and Practices That Shaped Our Noble Dream", en *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Massachusetts, Amherst College Press, 2021, p. 2.

California en Estados Unidos². Previa a esta formalización y conceptualización como tal, ya existían "historiadores públicos" (aunque muchos de ellos no se concebían a sí mismos como tales, e incluso no lo hacen en la actualidad) en espacios de divulgación fuera de la academia, quienes aprendieron a usar formatos de amplio alcance y tomaron prestadas metodologías y enfoques de otros campos disciplinares para construir conocimientos sobre el pasado de manera compartida, lo que ha hecho complejo llegar a una definición consensuada de Historia Pública como disciplina. Incluso más, podría decirse que hay quienes dudan que sea una disciplina en sí misma. En los últimos años, el debate sobre el potencial de la Historia Pública en tanto campo disciplinar que trabaja con y para públicos no académicos se ha amplificado, y tomado nuevas connotaciones en sociedades con pasados traumáticos recientes, especialmente en cuanto al creciente protagonismo de las comunidades y las personas en la producción de conocimiento, reviviendo cuestiones que no cuentan con una respuesta unívoca. Por una parte, sobre quién tiene la autoridad de construir historias: ¿los y las historiadores? ¿ellas y ellos en conjunto con los grupos interesados o protagonistas de dichas historias? También respecto a cuál es la legitimidad del conocimiento y sus objetivos: ¿para quiénes se estudia el pasado? ¿Cómo dilucidar en qué formas opera el pasado en el presente para esas personas o comunidades? Incluso sobre los límites y posibilidades del oficio del historiador: ¿cómo

² Daniela Torres-Ayala, "Historia pública. Una apuesta para pensar y repensar el quehacer histórico", en *Historia y Sociedad*, No 38, 2020, Medellín, pp. 239-238.

se interactúa con otras disciplinas? ¿cómo se usan nuevas metodologías y formatos para trabajar o alcanzar más y nuevas audiencias?

2 En 2020 el Informe de Satisfacción Global con la Democracia, dio cuenta que en los últimos años se han registrado los índices más altos de insatisfacción respecto a la democracia como sistema de gobierno y forma de convivencia social³. “Democracias de baja intensidad”, también se le ha llamado a este fenómeno de continua desafección de la población a los valores y prácticas democráticas, sobre todo entre jóvenes de 18 y 25 años, para quienes éstas son consideradas como algo dado⁴. Tal como refleja el último informe elaborado por *Idea International* (Institute of Democracy and Electoral Assistance), signos de este debilitamiento en las Américas son la baja participación electoral, la crítica a las instituciones -entre ellas el Estado-, la persistencia de populismos, el alza de la desconfianza y la sensación de inseguridad⁵. En Chile, la cuestión respecto de la valoración de la democracia ha adquirido mayor resonancia en 2023, producto de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado ocurrido en septiembre de 1973. Esta coyuntura ha revita-

³ Foa, R.S., Kalssen, A., Slade, M., Rand, A. y R. Williams, *The Global Satisfaction with Democracy Report 2020*, Cambridge, United Kingdom, Center for the Future of Democracy, 2020.

⁴ Olga Forero Forero, “Democracias de baja intensidad”, en *Revista Opera*, No 3, 2003, pp. 19-40.

⁵ Según el Informe, tres de cada siete democracias en retroceso se encuentran en las Américas, lo que apunta a instituciones debilitadas incluso en democracias de larga data. *The Global State of Democracy 2023. The New Checks and Balances*, International IDEA, Stockholm, 2023. Disponible en: <https://www.idea.int/gsod/2023/> [fecha de consulta: 2 de noviembre 2023].

lizado viejos debates del norte global sostenidos con motivo de la expansión del campo de la Historia Pública, y que hoy adquieren nuevas y complejas dimensiones en el sur global, cuyas sociedades han estado marcadas por historias de violencia y desigualdad, quiebres democráticos e instauración de regímenes autoritarios, procesos de reconciliación y memoria, el auge de movimientos sociales, entre otros aspectos. Abrir un espacio de diálogo entre historiadores e historiadoras, estudiantes universitarios de programas de Licenciatura en Historia, futuros profesionales y audiencias interesadas en el rol y agencia de la historia en el presente, motivó a centrar la inauguración de **Polifonías**, una nueva sección de la *Revista Historia* del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en la Historia Pública, en cuanto perspectiva metodológica, epistemológica y política. De esta forma, entre el 21 y 23 de marzo de 2023 se realizó el encuentro “Historia en acción. Diálogos para el futuro”, con el objetivo de compartir experiencias, trayectorias y proyecciones respecto a la Historia Pública, entendiendo que el conocimiento sobre el pasado y la vinculación de este oficio con las comunidades en el presente puede contribuir a mejorar la experiencia democrática y aportar a la construcción de justicia social. Esta actividad contó con la participación de dos intelectuales de renombre como Joan W. Scott, académica norteamericana cuyo trabajo integra la historia, la filosofía y la teoría de género, y Rafael Sagredo, profesor, historiador y Premio Nacional de Historia de Chile 2022, quienes no necesariamente se reconocen como historiadores públicos, pero cuyas obras y trayectorias los acercan a los

problemas teóricos y prácticos de la Historia Pública en Chile y en el mundo. Junto a ellos, tuvo lugar un diálogo entre las historiadoras Nancy Nicholls de Chile y Catalina Muñoz de Colombia, junto al historiador Noor Nief-tagodien de Sudáfrica, cuyas experiencias los sitúan en el campo de la Historia Pública. Además, participaron de este encuentro tres grupos de estudiantes de la carrera de Licenciatura de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, exponiendo sus experiencias formativas en la producción de proyectos vinculados a la conmemoración del golpe de Estado en Chile. Es importante relevar su incorporación al debate sobre la pertinencia de la Historia Pública, porque el lugar de la disciplina y su aporte al conocimiento histórico descansa en la formación de especialistas en nuevas metodologías, muchas de ellas interdisciplinarias y participativas, cuya enseñanza es relativamente reciente, pero de gran impacto en los últimos años. En Chile, en particular, existe una creciente necesidad por reconocer los aportes de la Historia Pública, en medio de un interesante debate epistemológico sobre la disciplina al interior de los claustros académicos y la reciente creación de programas de formación que abran posibilidades profesionales a los estudiantes de historia. Como respuesta a este proceso, en 2024 la Pontificia Universidad Católica de Chile dará inicio al primer programa de magister de Historia Pública en el país. Al respecto, es importante notar que los programas académicos sobre Historia Pública existentes en diversos países contienen ideas aplicadas y modificadas de acuerdo al contexto nacional, local y universitario de cada país. Esto,

considerando el ineludible carácter situado que tiene la Historia Pública. En nuestro país, por ejemplo, existe una larga experiencia en proyectos de memoria histórica e historia local a partir de la década de 1970 y 1980, en ámbitos demandados por la ciudadanía, como la justicia social, los movimientos sociales, los procesos de construcción de memoria, ciudadanía, derechos humanos, entre otros aspectos.

3 Compartiendo el principio de algunos historiadores públicos para quienes producir historias debe ser un quehacer ampliamente relevante, valdría la pena detenerse y revisar cómo han sido las trayectorias de la Historia Pública en países del sur global, como Colombia, Sudáfrica y Chile. En el caso colombiano, la contribución de Catalina Muñoz, historiadora de la Universidad de los Andes, con Maestría y Doctorado en historia de la Universidad de Pennsylvania y profesora asociada del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes de Colombia, se concentra, aunque no únicamente, en el contexto de los procesos de paz del gobierno colombiano con la guerrilla de la FARC desde 2016, y los usos públicos de la historia. En ese momento, fundó junto a otras historiadoras y estudiantes el proyecto *Historias de lo que viene*, especialmente para aportar a través de la historia a la construcción de la paz colombiana. Su trabajo releva la historia y las narrativas como instrumentos poderosos para generar diálogo y evidenciar las causas estructurales del conflicto ante un público amplio y variado. En el caso de Sudáfrica, el historiador Noor Nieftagodien nos muestra la trayectoria que existe en dicho país en cuanto a la vincula-

ción entre el activismo, la historia y diferentes movimientos de lucha. Como profesor de la cátedra sobre Historias Locales, Realidades Presentes en la Universidad de Witwatersrand en Johannesburgo, y como director del Taller de Historia, Nieftagodien evidencia la importancia de la historia local como un elemento de articulación de las luchas populares insurgentes contra el *apartheid*. Actualmente está investigando la historia del Congreso de Estudiantes Sudafricanos, organización estudiantil líder en las luchas contra el *apartheid* y encabeza la iniciativa de Historia Pública, Proyecto de Historia y Archivos de Soweto. En cuanto a Chile, contribuye Nancy Nicholls, historiadora de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Doctora en Sociología de la Universidad de Essex de Gran Bretaña y profesora del Instituto de Historia de la Universidad Católica. Nicholls se ha especializado en las temáticas de historia y memoria, e historia del tiempo presente, utilizando entre otras, la metodología de la historia oral. El enfoque multidisciplinario ha guiado parte de las investigaciones que realiza, haciendo confluír en el análisis de las problemáticas históricas del tiempo presente, los enfoques y herramientas provenientes de la historiografía, pero también de la antropología, el teatro, el cine y la literatura.

4 Desde los años 80, la reactivación del debate sobre los desafíos de la historia pública ha cuestionado la función y utilidad del saber histórico y, como corolario, su legitimidad: ¿Para qué la historia? ¿Para quiénes?⁶. Las respuestas han

sido del orden disciplinario y también político. En el primer caso, se apunta a dar cuenta de los principios o del método por el cual el saber histórico prueba su legitimidad teórica, en lo cual existe un cierto acuerdo disciplinario fundado en el oficio de los archivos, y la búsqueda de estándares de coherencia e inteligibilidad. En el segundo, se interroga a la Historia por las funciones que desempeña el saber más allá del conocimiento, al constatar que toda interpretación del pasado persigue un fin en sí mismo y forma parte, además, de la cadena de ideas, creencias y prácticas sobre las formas en que concebimos el presente y el futuro. Según Catalina Muñoz, se debe reconocer el carácter político de la práctica histórica, toda vez que el historiador es sujeto y objeto de su tiempo y contexto. El error es creer que la historia solo debe aportar datos sin interpretaciones que les den sentido, en honor a la neutralidad. En medio de este debate, las recientes investigaciones de Joan Scott han constatado que en momentos de crisis y conflicto, la relación entre ambas líneas, los principios y las funciones de la Historia, se tensionan cuando la opinión pública intensifica su escrutinio sobre el pasado y las y los historiadores “se sienten llamados a justificar sus estándares, lo que no es siempre una tarea fácil”⁷. El encuentro de **Polifonías** aportó en generar un diálogo “situado” a partir de las experiencias de sociedades marcadas por pasados traumáticos como Chile, Colombia y Sudáfrica, insta-

glo XXI Editores, 1980 y su reinterpretación actual Alfredo Ávila [et al.], *Ecos de Historia. ¿para qué?*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2023.

⁷ Joan Scot, “¿Después de la Historia?”, en *Rey desnudo, Revista de Libros*, Año II, No 4, Otoño 2014, pp. 6-30.

⁶ Carlos Pereyra [et al.], *¿Para qué la Historia?*, México DF., Si-

lando la pregunta por los desafíos de la Historia y de la Historia Pública, en particular, en la coyuntura de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile. El momento parecía propicio, pues en las décadas previas de conmemoraciones de dicho conflicto –los 10, 20, 30 o 40 años– el debate político se exagera al volver a constatarse la existencia de una clara división en cómo se recuerdan los hechos del pasado. A esta arista, se suma la legitimidad que desde los años 80 han adquirido los estudios de memoria y sus metodologías participativas, así como también las prácticas de Historia Pública ligadas al activismo y la justicia social, instalándose, ambos, como nuevos campos de acción social y de investigación. Las conmemoraciones, entendidas como “estallidos de memoria”, hacen de los recuerdos de los enfrentamientos y de los crímenes pasados no solo una forma de recordar, de no olvidar, sino que también movilizan a la sociedad civil, al Estado y a las personas para que las memorias de dolor y de violencia contribuyan a la paz social y a mejorar el presente y futuro de nuestra experiencia democrática y la paz social⁸. Parte de la tensión mencionada sobre las funciones de la Historia, más allá del conocimiento, remite a que muchas veces esa memoria se transforma en una amenaza contra los equilibrios alcanzados después del trauma. Elizabeth Jelin, intelectual y académica argentina experta en temas de memoria, propone que en momentos conmemorativos, no solo se agudiza el debate sobre el sentido de la memoria, sino que se tensiona al enfrentar a quienes hacen de ella

⁸ Ver: Elizabeth Jelin, *La lucha por el pasado: como memoria social*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2019, pp. 263-285

el fundamento de verdad y de justicia necesario para la reparación de la democracia, con quienes hacen de esa misma memoria un dispositivo de tergiversación de los hechos, contrario al trabajo de la historia⁹. En efecto, durante la conmemoración de los 50 años del golpe, se ha develado con mayor fuerza que otros años la certeza respecto a que su significado sigue siendo objeto de disputa y de uso político en el presente, en parte, porque la consideración de cuáles recuerdos se convierten en memoria histórica o qué interpretación se legitima institucionalmente, es equívoca. No hay consenso, como también subyace la constatación de que aún sabemos muy poco sobre algunos pasajes ocurridos durante la dictadura y el tiempo se acaba para generar un diálogo con quienes protagonizaron los hechos. En 2023, el núcleo de este debate se puso en la persistencia de más de 1.000 casos de personas detenidas desaparecidas durante la dictadura de quienes aún no se cuenta con información sobre su paradero, y el compromiso del Estado chileno de hacerse cargo de la búsqueda a través del Plan Nacional de Búsqueda Verdad y Justicia¹⁰. En un escenario como este, aparece con fuerza la necesidad y oportunidad de elaborar narrativas de forma colectiva sobre el pasado, sobre todo entendiendo el rol cada vez más central que juegan las personas en la creación de interpretaciones del pasado con un sentido específico y/o significativo para ellas.

⁹ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.

¹⁰ El presidente de Chile, Gabriel Boric Font, firmó el decreto que oficializa el Plan Nacional de Búsqueda, el 30 de agosto de 2023 en el marco del Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas.

Y en ello la Historia Pública tiene un potencial importante, ya que no construye conocimiento en laboratorios, sino que se desarrolla en el mundo real e involucra a comunidades con intereses y necesidades determinadas. Sin duda existen numerosos desafíos y cuestionamientos que juegan en contra de la co-producción de historias. Desde ya, el compromiso con prácticas participativas horizontales entre academia y comunidades, poniendo en disputa la cuestión sobre la autoridad del conocimiento y problematizando el compromiso de los historiadores con la justicia social. Junto a esto, la superación de prácticas investigativas extractivistas, como plantea el caso sudafricano, está en el eje del actual debate de la Historia Pública, al proponer que las metodologías participativas establezcan alianzas y determinen los intereses mutuos, tanto de los historiadores como de las comunidades, en los procesos de co-construcción de narrativas sobre el pasado. Este enfoque reconoce que las personas son actores en la creación e interpretación de sus propias historias, posición que se levanta como una necesidad para la paz social en sociedades marcadas por pasados traumáticos. Reconociendo lo anterior, quizás uno de los mayores desafíos actuales respecto a la Historia Pública, pero sobre todo de los historiadores públicos, es aportar a la construcción de justicia social, sin abandonar los métodos y consensos disciplinarios. Hacer que la historia entre en acción y tenga una incidencia en la construcción de un presente y futuro más justos.